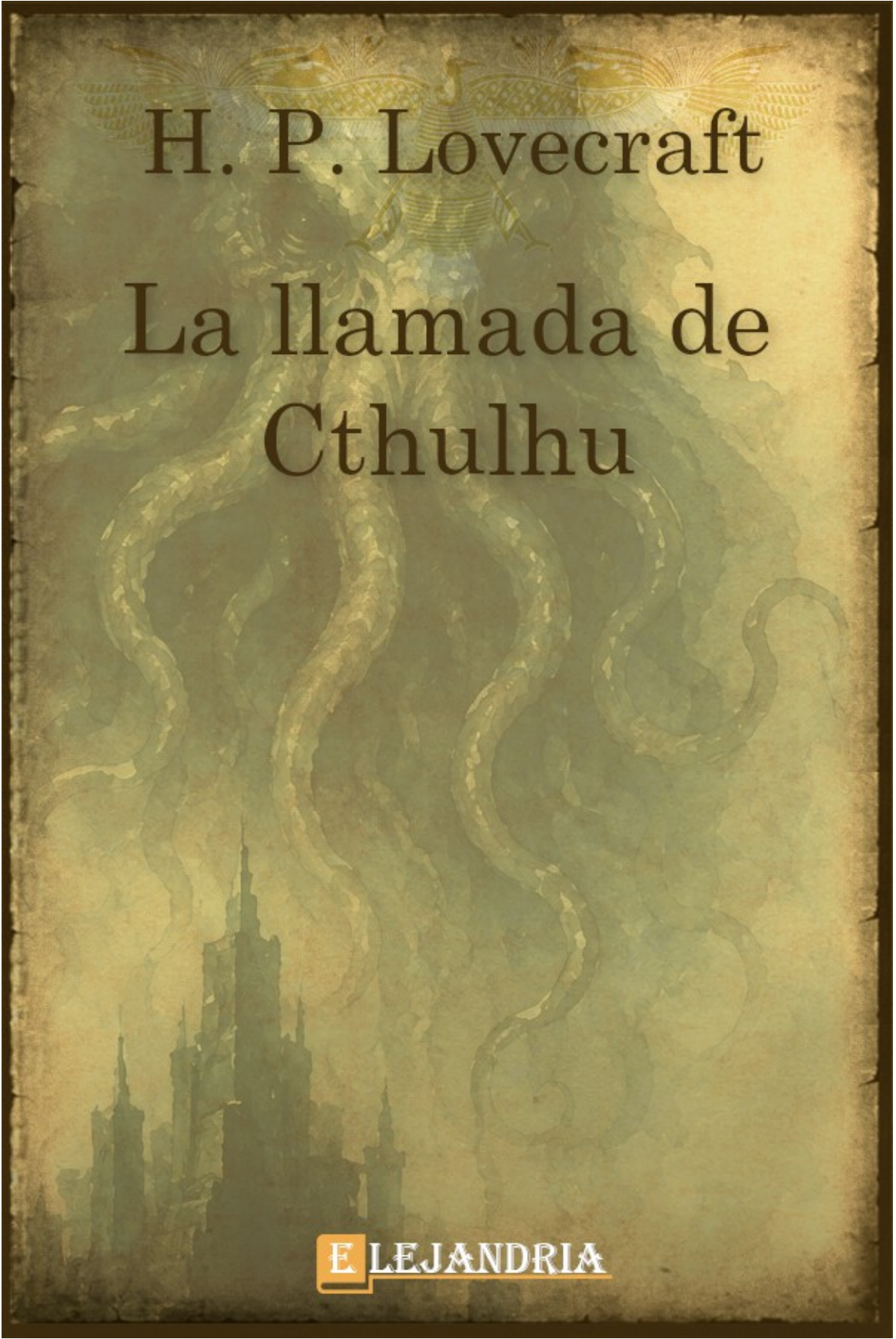


H. P. Lovecraft

La llamada de
Cthulhu

E LEJANDRIA



H. P. Lovecraft

La llamada de
Cthulhu

E LEJANDRIA

**LIBRO DESCARGADO EN WWW.ELEJANDRIA.COM, TU SITIO WEB DE OBRAS DE
DOMINIO PÚBLICO
¡ESPERAMOS QUE LO DISFRUTÉIS!**

LA LLAMADA DE CTHULHU

H. P. LOVECRAFT

PUBLICADO: 1928

FUENTE: [HTTPS://WWW.GUTENBERG.ORG/](https://WWW.GUTENBERG.ORG/)

TRADUCCIÓN: ELEJANDRÍA

*(Hallado entre los papeles del difunto Francis Wayland Thurston,
de Boston.)*

«De tales grandes poderes o seres cabe concebir que exista una supervivencia... una supervivencia de un período inmensamente remoto en el que... la conciencia se manifestó, quizá, en figuras y formas que hace mucho se retiraron ante la marea de la humanidad en avance... formas de las que solo la poesía y la leyenda han atrapado un recuerdo fugaz y a las que llamaron dioses, monstruos, seres míticos de toda suerte y especie...»

—Algernon Blackwood.

1

EL HORROR EN ARCILLA

Lo más misericordioso del mundo es, a mi juicio, la incapacidad de la mente humana para relacionar entre sí todos sus contenidos. Vivimos en una plácida isla de ignorancia en medio de negros mares de infinitud, y no estaba previsto que navegásemos lejos. Las ciencias, esforzándose cada una en su propia dirección, poco daño nos han hecho hasta ahora; pero algún día el ensamblaje de conocimientos disociados abrirá tan aterradoras perspectivas de la realidad, y de nuestra espantosa posición dentro de ella, que o enloqueceremos ante la revelación o huiremos de esa luz mortífera hacia la paz y la seguridad de una nueva edad de tinieblas.

Los teósofos han conjeturado la sobrecogedora grandeza del ciclo cósmico dentro del cual nuestro mundo y la raza humana no son sino incidentes pasajeros. Han insinuado extrañas supervivencias en términos que helarían la sangre de no ir enmascarados por un blando optimismo. Pero no es de ellos de donde vino el único atisbo de eones prohibidos que me hiela cuando pienso en él y me enloquece cuando sueño con él. Aquel atisbo, como todos los espantosos atisbos de la verdad, brotó de una casual conjunción de cosas separadas: en este caso, un viejo suelto de periódico y las notas de un profesor muerto. Espero que ningún otro llegue a completar semejante ensamblaje; desde luego, si vivo, jamás proporcionaré a sabiendas un eslabón de cadena tan espantosa.

Creo que también el profesor tenía la intención de callar acerca de la parte que conocía, y que habría destruido sus notas de no haberlo sorprendido una muerte súbita.

Mi conocimiento del asunto comenzó en el invierno de 1926-27, con la muerte de mi tío abuelo, George Gammell Angell, profesor emérito de lenguas semíticas de la Universidad Brown, en Providence, Rhode Island. El profesor Angell era ampliamente conocido como autoridad en inscripciones antiguas, y a él habían recurrido con frecuencia los directores de los museos más importantes; de modo que su fallecimiento a los noventa y dos años acaso sea recordado por muchos. En la localidad, el interés se vio acrecentado por lo oscuro de la causa de la muerte. Al profesor le había sobrevenido el ataque cuando regresaba del barco de Newport; cayó de pronto, según dijeron los testigos, tras haber sido empujado por un negro de aspecto marinerero que había salido de uno de aquellos extraños y sombríos callejones de la escarpada ladera que formaban un atajo desde el puerto hasta la casa del difunto, en Williams Street. Los médicos no lograron hallar trastorno visible alguno, pero concluyeron, tras perpleja discusión, que alguna oscura lesión del corazón, provocada por la brusca ascensión de una cuesta tan empinada por un hombre tan anciano, era la responsable del desenlace. Entonces no vi razón para disentir de tal dictamen, pero últimamente me inclino a dudarlo... y a más que dudarlo.

Como heredero y albacea de mi tío abuelo, pues murió viudo y sin hijos, se esperaba de mí que revisara sus papeles con cierta minuciosidad; y con tal fin trasladé todo el conjunto de sus archivadores y sus cajas a mis habitaciones de Boston. Buena parte del material que cotejé será publicada más adelante por la Sociedad Arqueológica Americana, pero hubo una caja que me resultó sumamente desconcertante y que fui muy reacio a mostrar a otros ojos. Estaba cerrada con llave, y no di con esta hasta que se me ocurrió examinar el llavero personal que el profesor llevaba siempre en el bolsillo. Entonces sí conseguí abrirla, pero al hacerlo solo me pareció encontrarme ante una barrera mayor y más celosamente cerrada. Pues ¿qué podían significar aquel extraño bajo relieve de

arcilla y aquellas notas, divagaciones y recortes inconexos que hallé? ¿Acaso mi tío, en sus últimos años, se había vuelto crédulo ante las imposturas más superficiales? Resolví ir en busca del excéntrico escultor responsable de aquella aparente perturbación de la paz de espíritu de un anciano.

El bajorrelieve era un tosco rectángulo de menos de dos centímetros y medio de grosor y de unos doce por quince centímetros de superficie; de origen evidentemente moderno. Sus motivos, sin embargo, distaban mucho de ser modernos en atmósfera y en sugerencia; pues, aunque las extravagancias del cubismo y del futurismo son muchas y desaforadas, no suelen reproducir esa críptica regularidad que se agazapa en la escritura prehistórica. Y escritura de alguna clase parecía ser sin duda la mayor parte de aquellos motivos; aunque mi memoria, pese a lo familiarizado que yo estaba con los papeles y las colecciones de mi tío, no consiguió en modo alguno identificar aquella especie particular, ni siquiera insinuar sus más remotas afinidades.

Por encima de aquellos aparentes jeroglíficos había una figura de evidente intención pictórica, si bien su ejecución impresionista impedía formarse una idea muy clara de su naturaleza. Parecía una especie de monstruo, o un símbolo que representaba a un monstruo, de una forma que solo una fantasía enferma podía concebir. Si digo que mi imaginación, algo desbordada, me ofreció imágenes simultáneas de un pulpo, un dragón y una caricatura humana, no seré infiel al espíritu de la cosa. Una cabeza pulposa y provista de tentáculos coronaba un cuerpo grotesco y escamoso de alas rudimentarias; pero era el *contorno general* del conjunto lo que lo hacía más estremecedoramente espantoso. Detrás de la figura se adivinaba vagamente un fondo arquitectónico ciclópeo.

La escritura que acompañaba a aquella rareza estaba, aparte de un montón de recortes de prensa, en la letra más reciente del profesor Angell; y no tenía la menor pretensión de estilo literario. Lo que parecía ser el documento principal llevaba por encabezamiento «*EL CULTO DE CTHULHU*», en caracteres trazados con esmero para

evitar la lectura errónea de una palabra tan inaudita. Aquel manuscrito estaba dividido en dos secciones, la primera encabezada «1925. Sueño y obra onírica de H. A. Wilcox, 7 Thomas St., Providence, R. I.», y la segunda, «Relato del inspector John R. Legrasse, 121 Bienville St., Nueva Orleans, La., en la reunión de la A. A. S. de 1908. Notas sobre el mismo y relación del prof. Webb». Los demás papeles manuscritos eran todos notas breves, algunas de ellas relaciones de los extraños sueños de diversas personas, otras citas de libros y revistas teosóficos (en particular la *Atlántida* y la *Lemuria perdida* de W. Scott-Elliott), y el resto comentarios sobre sociedades secretas de larga pervivencia y cultos ocultos, con referencias a pasajes de manuales mitológicos y antropológicos como *La rama dorada* de Frazer y *El culto de la brujería en la Europa occidental* de miss Murray. Los recortes aludían en su mayor parte a extravagantes enfermedades mentales y a brotes de locura o manía colectivas en la primavera de 1925.

* * * * *

La primera mitad del manuscrito principal contaba una historia muy peculiar. Parece que el 1 de marzo de 1925 un joven delgado y moreno, de aspecto neurótico y excitado, había visitado al profesor Angell llevando consigo el singular bajorrelieve de arcilla, que estaba entonces sumamente húmedo y fresco. Su tarjeta llevaba el nombre de Henry Anthony Wilcox, y mi tío lo había reconocido como el hijo menor de una excelente familia a la que conocía superficialmente; el joven estudiaba desde hacía un tiempo escultura en la Escuela de Diseño de Rhode Island y vivía solo en el edificio Fleur-de-Lys, cerca de dicha institución. Wilcox era un muchacho precoz, de genio reconocido pero de gran excentricidad, y desde la infancia había llamado la atención por las extrañas historias y los sueños raros que solía referir. Se llamaba a sí mismo «hipersensible psíquicamente», pero la gente circunspecta de la antigua ciudad comercial lo despachaba tildándolo sin más de «raro». Como apenas se mezclaba con sus semejantes, había ido desapareciendo poco a poco de la vida social, y ahora solo lo conocía un reducido grupo de estetas de

otras ciudades. Incluso el Providence Art Club, deseoso de preservar su conservadurismo, lo había juzgado un caso perdido.

Con ocasión de aquella visita, decía el manuscrito del profesor, el escultor pidió de pronto a su anfitrión que le prestara sus conocimientos arqueológicos para identificar los jeroglíficos del bajorrelieve. Hablaba de una manera soñadora y afectada que denotaba pose y alejaba toda simpatía; y mi tío mostró cierta aspereza al responderle, pues la notoria frescura de la tablilla implicaba parentesco con cualquier cosa menos con la arqueología. La réplica del joven Wilcox, que impresionó a mi tío lo bastante para que la recordara y la consignase al pie de la letra, era de un corte fantásticamente poético que debía de caracterizar toda su conversación, y que después he encontrado muy propio de él. Dijo: «Es nueva, en efecto, pues la hice anoche en un sueño de ciudades extrañas; y los sueños son más antiguos que la caviladora Tiro, o que la contemplativa Esfinge, o que Babilonia ceñida de jardines».

Fue entonces cuando inició aquel relato divagatorio que de pronto pulsó un recuerdo dormido y ganó el febril interés de mi tío. La noche anterior se había producido un ligero temblor de tierra, el más fuerte que se hubiera sentido en Nueva Inglaterra en varios años; y la imaginación de Wilcox había quedado vivamente afectada. Al retirarse a dormir, había tenido un sueño sin precedentes de grandes ciudades ciclópeas de bloques titánicos y monolitos lanzados al cielo, todo ello chorreante de un limo verde y siniestro por su horror latente. Jeroglíficos cubrían los muros y los pilares, y desde algún punto indeterminado, allá abajo, había llegado una voz que no era una voz; una sensación caótica que solo la fantasía podía transmutar en sonido, pero que él intentó reproducir mediante aquella mezcolanza de letras casi impronunciable: «*Cthulhu fhtagn*».

Aquella mezcolanza verbal fue la clave del recuerdo que excitó y turbó al profesor Angell. Interrogó al escultor con minuciosidad científica, y estudió con intensidad casi frenética el bajorrelieve en el que el joven se había encontrado trabajando, aterido y vestido solo con su ropa de dormir, cuando el despertar lo fue invadiendo de un

modo desconcertante. Mi tío culpó a su vejez, dijo Wilcox más tarde, de su lentitud en reconocer tanto los jeroglíficos como el diseño pictórico. Muchas de sus preguntas le parecieron a su visitante enteramente fuera de lugar, en especial las que trataban de vincularlo con extraños cultos o sociedades; y Wilcox no acertaba a comprender las repetidas promesas de silencio que se le ofrecían a cambio de admitir su pertenencia a algún cuerpo místico o paganamente religioso de amplia difusión. Cuando el profesor Angell se convenció de que el escultor ignoraba de veras todo culto o sistema de saber críptico, asedió a su visitante exigiéndole que le diera cuenta en adelante de sus sueños. Aquello dio fruto con regularidad, pues después de la primera entrevista el manuscrito consigna visitas diarias del joven, durante las cuales relataba fragmentos sobrecogedores de imaginaria nocturna cuyo tema era siempre alguna terrible perspectiva ciclópea de piedra oscura y chorreante, con una voz o inteligencia subterránea que gritaba monótonamente en enigmáticos impactos sensoriales imposibles de transcribir salvo como galimatías. Los dos sonidos que con más frecuencia se repiten son los que representan las letras «*Cthulhu*» y «*R'lyeh*».

El 23 de marzo, continuaba el manuscrito, Wilcox no se presentó; y las averiguaciones hechas en su vivienda revelaron que lo había atacado una oscura suerte de fiebre y que lo habían trasladado a casa de su familia, en Waterman Street. Había gritado en la noche, despertando a varios artistas más del edificio, y desde entonces no había manifestado sino alternancias de inconsciencia y delirio. Mi tío telefoneó de inmediato a la familia y desde ese momento siguió de cerca el caso, acudiendo a menudo a la consulta del doctor Tobey, en Thayer Street, de quien supo que llevaba el caso. La mente febril del joven, al parecer, se demoraba en cosas extrañas; y el médico se estremecía de cuando en cuando al hablar de ellas. Comprendían no solo una repetición de lo que antes había soñado, sino que aludían con desvarío a una cosa gigantesca «de kilómetros de altura» que caminaba o avanzaba pesadamente. En ningún momento describió por entero aquel objeto, pero algunas palabras frenéticas, tal como

las repetía el doctor Tobey, convencieron al profesor de que debía de ser idéntico a la monstruosidad innombrable que el joven había tratado de representar en su escultura onírica. La referencia a aquel objeto, añadió el médico, era invariablemente el preludio del hundimiento del muchacho en el letargo. Su temperatura, cosa curiosa, no estaba muy por encima de lo normal; pero todo el cuadro, por lo demás, era tal que sugería una fiebre verdadera antes que un trastorno mental.

El 2 de abril, hacia las tres de la tarde, todo rastro de la dolencia de Wilcox cesó de golpe. Se incorporó en la cama, asombrado de encontrarse en su casa y completamente ignorante de cuanto había ocurrido, en sueños o en la realidad, desde la noche del 22 de marzo. Declarado sano por su médico, volvió a su vivienda al cabo de tres días; pero para el profesor Angell ya no fue de ninguna utilidad. Todo rastro de sueños extraños se había desvanecido con su restablecimiento, y mi tío dejó de anotar sus pensamientos nocturnos tras una semana de relatos ociosos e irrelevantes de visiones enteramente comunes.

* * * * *

Aquí terminaba la primera parte del manuscrito, pero las referencias a ciertas notas dispersas me dieron mucho material para la reflexión; tanto, en verdad, que solo el arraigado escepticismo que entonces conformaba mi filosofía puede explicar mi persistente desconfianza hacia el artista. Las notas en cuestión eran las que describían los sueños de diversas personas a lo largo del mismo período en el que el joven Wilcox había tenido sus extrañas visitaciones. Mi tío, según parece, había emprendido enseguida un conjunto de indagaciones prodigiosamente vasto entre casi todos los amigos a quienes podía preguntar sin impertinencia, pidiéndoles informes nocturnos de sus sueños y las fechas de cualquier visión notable de un tiempo a esa parte. La acogida de su petición parece haber sido diversa; pero debió de recibir, cuando menos, más respuestas de las que cualquier hombre corriente habría podido manejar sin un secretario. Aquella correspondencia original no se

conservó, pero sus notas formaban un compendio minucioso y realmente significativo. Las gentes medias de la sociedad y de los negocios —la tradicional «sal de la tierra» de Nueva Inglaterra— dieron un resultado casi por completo negativo, aunque aquí y allá aparecen casos sueltos de impresiones nocturnas inquietantes pero informes, siempre entre el 23 de marzo y el 2 de abril: el período del delirio del joven Wilcox. Los hombres de ciencia se vieron poco más afectados, si bien cuatro casos de vaga descripción sugieren atisbos fugaces de extraños paisajes, y en uno de ellos se menciona el pavor ante algo anormal.

Fue de los artistas y los poetas de quienes vinieron las respuestas pertinentes, y sé que se habría desatado el pánico de haber podido ellos contrastar sus impresiones. Tal como estaban las cosas, a falta de las cartas originales, sospeché a medias que el compilador hubiera formulado preguntas capciosas, o que hubiera editado la correspondencia de modo que corroborase lo que latentemente se había propuesto ver. Por eso seguí sintiendo que Wilcox, sabedor de algún modo de los viejos datos que mi tío poseía, había estado engañando al veterano hombre de ciencia. Aquellas respuestas de los estetas contaban una historia inquietante. Del 28 de febrero al 2 de abril, buena parte de ellos habían soñado cosas sumamente extravagantes, y la intensidad de los sueños había sido incomparablemente mayor durante el período del delirio del escultor. Más de una cuarta parte de quienes comunicaron algo hablaron de escenas y medios sonidos no muy distintos de los que Wilcox había descrito; y algunos de los soñadores confesaron un miedo agudo a la gigantesca cosa innombrable que se hacía visible hacia el final. Un caso, que la nota describe con énfasis, era muy triste. El sujeto, un arquitecto ampliamente conocido con inclinaciones hacia la teosofía y el ocultismo, enloqueció con violencia el mismo día del ataque del joven Wilcox, y expiró varios meses después tras incesantes gritos en que pedía que lo salvaran de cierto morador del infierno que se había escapado. De haberse referido mi tío a estos casos por su nombre y no meramente por un número, yo habría intentado alguna corroboración y alguna investigación personal; pero, tal como

estaban las cosas, solo logré seguir la pista de unos pocos. Todos ellos, sin embargo, confirmaron las notas por entero. Me he preguntado a menudo si cuantos fueron objeto de las preguntas del profesor quedaron tan perplejos como esta fracción. Bueno es que jamás les llegue explicación alguna.

Los recortes de prensa, como he insinuado, se referían a casos de pánico, manía y excentricidad durante el período en cuestión. El profesor Angell debió de emplear una agencia de recortes, pues el número de extractos era enorme y las fuentes estaban dispersas por todo el globo. He aquí un suicidio nocturno en Londres, donde un durmiente solitario se arrojó por una ventana tras un grito espantoso. He aquí asimismo una carta divagatoria al director de un periódico de Sudamérica, en la que un fanático deduce un porvenir aciago de las visiones que ha tenido. Un despacho de California describe cómo una colonia teosófica se reviste en masa de túnicas blancas para cierto «glorioso cumplimiento» que nunca llega, mientras que noticias de la India hablan con cautela de graves disturbios entre los nativos hacia finales de marzo. Las orgías vudú se multiplican en Haití, y los puestos avanzados de África informan de murmullos ominosos. Los oficiales estadounidenses de Filipinas encuentran molestas a ciertas tribus por esas fechas, y unos policías de Nueva York se ven asaltados por turbas de levantinos histéricos en la noche del 22 al 23 de marzo. También el oeste de Irlanda está lleno de rumores desaforados y de leyendas, y un pintor extravagante llamado Ardois-Bonnot cuelga un blasfemo *Paisaje onírico* en el salón de primavera de París de 1926. Y son tan numerosos los trastornos registrados en los manicomios que solo un milagro pudo impedir que el gremio médico advirtiera extraños paralelismos y extrajera, perplejo, sus conclusiones. Un conjunto insólito de recortes, en suma; y a día de hoy apenas alcanzo a concebir el insensible racionalismo con que los dejé a un lado. Pero estaba entonces convencido de que el joven Wilcox había tenido noticia de los antiguos asuntos mencionados por el profesor.

2

EL RELATO DEL INSPECTOR LEGRASSE

Los asuntos más antiguos que habían hecho tan significativos para mi tío el sueño y el bajorrelieve del escultor constituían el objeto de la segunda mitad de su largo manuscrito. Ya en otra ocasión, según parece, el profesor Angell había visto los infernales contornos de la monstruosidad innombrable, se había devanado los sesos con los jeroglíficos desconocidos y había oído las sílabas ominosas que solo cabe transcribir como «*Cthulhu*»; y todo ello en un contexto tan estremecedor y horrible que no es de extrañar que persiguiera al joven Wilcox con preguntas y exigencias de datos.

Aquella experiencia anterior había tenido lugar en 1908, diecisiete años antes, cuando la Sociedad Arqueológica Americana celebró su reunión anual en St. Louis. El profesor Angell, como correspondía a un hombre de su autoridad y de sus méritos, había tenido parte destacada en todas las deliberaciones; y fue uno de los primeros a quienes se dirigieron los diversos visitantes ajenos a la sociedad que aprovecharon la convocatoria para plantear preguntas que exigían respuesta atinada y problemas que reclamaban solución experta.

El principal de ellos, y en poco tiempo el foco de interés de toda la reunión, era un hombre de mediana edad y aspecto vulgar que había viajado desde la lejana Nueva Orleans en busca de cierta información especial que no podía obtener de ninguna fuente local.

Se llamaba John Raymond Legrasse y era, de profesión, inspector de policía. Traía consigo el objeto de su visita: una estatuilla de piedra grotesca, repulsiva y al parecer antiquísima, cuyo origen era incapaz de determinar.

No debe imaginarse que el inspector Legrasse sintiera el menor interés por la arqueología. Al contrario: su afán de esclarecimiento obedecía a consideraciones puramente profesionales. La estatuilla, ídolo, fetiche o lo que fuese había sido incautada unos meses antes en los pantanos boscosos al sur de Nueva Orleans, durante una redada contra una supuesta reunión de vudú; y tan singulares y espantosos eran los ritos relacionados con ella que la policía no pudo por menos de comprender que había tropezado con un culto tenebroso enteramente desconocido para ella e infinitamente más diabólico que el más negro de los círculos vudú africanos. Sobre su origen, dejando aparte los relatos erráticos e increíbles arrancados a los miembros capturados, no había absolutamente nada que descubrir; de ahí la ansiedad de la policía por cualquier erudición anticuaria que pudiera ayudarla a situar el símbolo espantoso y, a través de él, rastrear el culto hasta su misma fuente.

El inspector Legrasse no estaba en modo alguno preparado para la conmoción que produjo lo que llevaba consigo. Bastó una sola mirada al objeto para sumir a los hombres de ciencia allí congregados en un estado de tensa excitación, y no tardaron ni un instante en apiñarse a su alrededor para contemplar la diminuta figura cuya absoluta extrañeza y cuyo aire de antigüedad genuinamente abismal apuntaban con tanta fuerza a perspectivas arcaicas y jamás franqueadas. Ninguna escuela escultórica conocida había animado aquel objeto terrible y, sin embargo, siglos y aun milenios parecían quedar registrados en su superficie mate y verdosa de piedra inclasificable.

La figura, que finalmente fue pasando despacio de mano en mano para un estudio atento y minucioso, medía entre dieciocho y veinte centímetros de altura y era de una factura exquisitamente artística. Representaba a un monstruo de contorno vagamente antropoide,

pero con una cabeza de pulpo cuyo rostro era una masa de tentáculos, un cuerpo escamoso y de apariencia gomosa, garras prodigiosas en las patas traseras y delanteras, y unas alas largas y estrechas a la espalda. Aquella cosa, que parecía animada de una malignidad temible y antinatural, era de una corpulencia algo hinchada, y se acucillaba con aire perverso sobre un bloque o pedestal rectangular cubierto de caracteres indescifrables. Las puntas de las alas tocaban el borde posterior del bloque, las posaderas ocupaban el centro, mientras que las garras largas y curvas de las patas traseras, dobladas y agazapadas, aferraban el borde delantero y descendían por él hasta la cuarta parte de su altura. La cabeza cefalópoda se inclinaba hacia delante, de modo que los extremos de los tentáculos faciales rozaban el dorso de las enormes zarpas delanteras, que ceñían las rodillas alzadas del ser en cucullas. El conjunto tenía un aspecto anormalmente vivo, y tanto más sutilmente pavoroso cuanto que su procedencia era del todo desconocida. Su edad vasta, sobrecogedora e incalculable resultaba inequívoca; y, sin embargo, no mostraba un solo vínculo con ningún tipo conocido de arte perteneciente a la juventud de la civilización, ni en verdad a ninguna otra época.

Y, capítulo enteramente aparte, su material mismo constituía un misterio; pues aquella piedra jabonosa, de un negro verdoso, con sus motas y estrías doradas o iridiscentes, no se parecía a nada que la geología o la mineralogía conocieran. Los caracteres que corrían a lo largo de la base eran igualmente desconcertantes; y ningún miembro de los presentes, pese a hallarse allí representada la mitad del saber experto del mundo en aquel campo, pudo formarse la menor idea siquiera de su más remoto parentesco lingüístico. Aquellos caracteres, lo mismo que el motivo y el material, pertenecían a algo horriblemente remoto y distinto de la humanidad tal como la conocemos; a algo que sugería de manera espantosa antiguos e impíos ciclos de vida en los que nuestro mundo y nuestras concepciones no tienen parte alguna.

Y con todo, mientras los miembros iban uno tras otro sacudiendo la cabeza y confesándose vencidos ante el problema del inspector,

hubo en aquella asamblea un hombre que sospechó cierto asomo de singular familiaridad en la forma y la escritura monstruosas, y que al punto refirió con cierta timidez la extraña menudencia que sabía. Era el difunto William Channing Webb, profesor de antropología en la Universidad de Princeton y explorador de no escasa fama.

El profesor Webb había emprendido, cuarenta y ocho años antes, un recorrido por Groenlandia e Islandia en busca de ciertas inscripciones rúnicas que no logró exhumar; y, hallándose muy al norte de la costa occidental de Groenlandia, se había topado con una singular tribu o culto de esquimales degenerados cuya religión, curiosa forma de adoración del diablo, lo heló por su deliberada sed de sangre y su carácter repulsivo. Era una fe de la que los demás esquimales sabían poco y que solo mencionaban con estremecimientos, diciendo que descendía de eones horriblemente antiguos, anteriores a la creación misma del mundo. Además de ritos innombrables y sacrificios humanos, había ciertos extraños rituales hereditarios dirigidos a un supremo demonio anciano o *tornasuk*; y de ellos había tomado el profesor Webb una cuidadosa copia fonética de labios de un anciano *angedok* o sacerdote hechicero, expresando los sonidos en caracteres latinos lo mejor que supo. Pero lo de suma importancia en aquel momento era el fetiche que aquel culto veneraba, y en torno al cual danzaban cuando la aurora saltaba muy alto sobre los acantilados de hielo. Se trataba, declaró el profesor, de un bajorrelieve de piedra muy tosco, en el que figuraban una imagen espantosa y cierta escritura críptica. Y, por lo que él podía juzgar, era un burdo paralelo, en todos sus rasgos esenciales, de la cosa bestial que ahora yacía ante la reunión.

Estos datos, acogidos con expectación y asombro por los miembros congregados, resultaron doblemente emocionantes para el inspector Legrasse, que se puso de inmediato a acribillar a preguntas a su informante. Como había anotado y copiado un ritual oral de labios de los adoradores del culto del pantano detenidos por sus hombres, rogó al profesor que recordase lo mejor que pudiera las sílabas transcritas entre los esquimales diabolistas. Siguió entonces una comparación exhaustiva de pormenores, y un

momento de silencio verdaderamente sobrecogido cuando detective y científico convinieron en la identidad casi absoluta de la frase común a dos rituales infernales separados por tantos mundos de distancia. Lo que, en sustancia, tanto los hechiceros esquimales como los sacerdotes de los pantanos de Luisiana habían salmodiado ante sus ídolos afines era algo muy semejante a esto — conjeturándose la división de las palabras a partir de las pausas tradicionales de la frase cuando se canta en voz alta—:

«*Ph'nglui mglw'nafh Cthulhu R'lyeh wgah'nagl fhtagn.*»

Legrasse aventajaba en un punto al profesor Webb, pues varios de sus prisioneros mestizos le habían repetido lo que oficiantes más viejos les habían dicho que significaban las palabras. El texto, tal como se lo dieron, venía a decir algo así:

«En su casa de R'lyeh, el difunto Cthulhu espera soñando».

* * * * *

Y entonces, respondiendo a una demanda general y apremiante, el inspector Legrasse relató con toda la amplitud posible su experiencia con los adoradores del pantano; una historia a la que mi tío, según pude ver, atribuía una significación profunda. Sabía a los más desatados sueños del forjador de mitos y del teósofo, y revelaba un grado asombroso de imaginación cósmica entre mestizos y parias como aquellos, en quienes menos cabía esperarla.

El 1 de noviembre de 1907 había llegado a la policía de Nueva Orleans una llamada frenética desde la comarca de pantanos y lagunas del sur. Los colonos de allí, en su mayor parte descendientes primitivos aunque bonachones de los hombres de Lafitte, estaban presos de un terror absoluto ante algo desconocido que se había abatido furtivamente sobre ellos en la noche. Era vudú, al parecer, pero un vudú de una especie más terrible que cuanto habían conocido nunca; y algunas de sus mujeres y de sus niños habían desaparecido desde que el malévolo tam-tam iniciara su percusión incesante en lo hondo de los negros bosques embrujados donde ningún habitante se aventuraba. Había gritos dementes y alaridos

desgarradores, salmodias que helaban el alma y llamas diabólicas danzantes; y, añadió el aterrorizado mensajero, la gente no podía soportarlo más.

Así que un contingente de veinte policías, que llenaban dos carruajes y un automóvil, había partido al caer la tarde con el tembloroso colono por guía. Al final del camino transitable se apearon y durante kilómetros chapotearon en silencio a través de los terribles bosques de cipreses donde nunca llega el día. Los acosaban raíces deformes y malignos lazos colgantes de musgo español, y de cuando en cuando un montón de piedras húmedas o los fragmentos de un muro podrido intensificaban, con su sugerencia de morbosa habitación humana, un abatimiento que cada árbol contrahecho y cada islote fungoso contribuían a crear. Por fin apareció a la vista el poblado de los colonos, un mísero amasijo de chozas; y sus moradores histéricos salieron corriendo para arracimarse en torno al grupo de linternas oscilantes. El batir sordo de los tam-tames se oía ahora débilmente muy, muy por delante; y a intervalos infrecuentes, cuando el viento cambiaba, llegaba un alarido que cuajaba la sangre. También un resplandor rojizo parecía filtrarse a través de la pálida maleza, más allá de interminables avenidas de noche forestal. Reacios incluso a quedarse de nuevo solos, todos y cada uno de los acobardados colonos se negaron en redondo a avanzar un palmo más hacia el escenario de aquel culto impío, de modo que el inspector Legrasse y sus diecinueve compañeros se internaron sin guía en negras arcadas de horror que ninguno de ellos había hollado jamás.

La región en la que la policía penetraba ahora tenía tradicionalmente mala fama y era, en lo esencial, desconocida y no transitada por hombres blancos. Corrían leyendas de un lago oculto que jamás vislumbró ojo mortal, en el que moraba una cosa enorme, informe, blanca y polipoide, de ojos luminosos; y los colonos susurraban que demonios con alas de murciélago remontaban el vuelo desde cavernas del interior de la tierra para adorarla a medianoche. Decían que estaba allí antes de D'Iberville, antes de La Salle, antes de los indios y antes incluso de las bestias y las aves

inocentes del bosque. Era la pesadilla misma, y verla era morir. Pero hacía soñar a los hombres, y por eso sabían lo bastante para mantenerse lejos. La presente orgía vudú se hallaba, en verdad, en el borde mismo de aquella zona aborrecida, pero ya ese emplazamiento era bastante malo; de ahí, quizá, que el lugar mismo del culto hubiese aterrado a los colonos más aún que los sonidos y los sucesos espeluznantes.

Sólo la poesía o la locura podrían hacer justicia a los ruidos que oyeron los hombres de Legrasse mientras avanzaban trabajosamente por el negro cenagal hacia el resplandor rojo y los tam-tames sordos. Hay cualidades vocales propias de los hombres y cualidades vocales propias de las bestias; y es terrible oír las unas cuando la fuente debería producir las otras. La furia animal y la licencia orgiástica se azuzaban allí hasta alturas demoníacas a fuerza de aullidos y éxtasis chillones que desgarraban y reverberaban por aquellos bosques anochecidos como tempestades pestilentes venidas de los abismos del infierno. De cuando en cuando cesaban los ululatos menos organizados y, de lo que parecía un coro bien adiestrado de voces roncas, se alzaba en salmodia monótona aquella frase o ritual espantoso:

«Ph'nglui mglw'nafh Cthulhu R'lyeh wgah'nagl fhtagn.»

Entonces los hombres, al alcanzar un paraje donde los árboles raleaban, avistaron de súbito el espectáculo mismo. Cuatro de ellos se tambalearon, uno se desmayó y dos prorrumpieron, estremecidos, en un grito frenético que por fortuna ahogó la loca cacofonía de la orgía. Legrasse arrojó agua del pantano al rostro del desvanecido, y todos quedaron temblorosos y casi hipnotizados de horror.

En un claro natural del pantano se alzaba una isla herbosa de acaso media hectárea de extensión, libre de árboles y razonablemente seca. Sobre ella saltaba y se retorció ahora una horda de anormalidad humana más indescriptible de lo que nadie, salvo un Sime o un Angarola, podría pintar. Desnuda de toda vestidura, aquella progenie híbrida rebuznaba, bramaba y se

contorsionaba en torno a una monstruosa hoguera en forma de anillo, en cuyo centro, revelado por los desgarrones que de tanto en tanto se abrían en la cortina de llamas, se erguía un gran monolito de granito de unos dos metros y medio de altura, sobre el cual, incongruente en su pequeñez, descansaba la nociva estatuilla esculpida. De un amplio círculo de diez patíbulos, levantados a intervalos regulares y con el monolito ceñido de fuego por centro, colgaban, cabeza abajo, los cuerpos extrañamente desfigurados de los indefensos colonos que habían desaparecido. Era dentro de ese círculo donde el corro de adoradores brincaba y rugía, y la dirección general del movimiento de la masa iba de izquierda a derecha, en bacanal interminable entre el anillo de cuerpos y el anillo de fuego.

Pudo ser mera imaginación y pudieron ser meros ecos lo que indujo a uno de los hombres, un español impresionable, a figurarse que oía respuestas antifonales al ritual desde algún lugar remoto y sin luz, en lo más hondo de aquel bosque de antigua leyenda y horror. A este hombre, Joseph D. Galvez, lo conocí e interrogué más tarde, y resultó ser de una imaginación desconcertante. Llegó incluso a insinuar el débil batir de unas alas enormes, y el atisbo de unos ojos relucientes y de una mole blanca y montañosa más allá de los árboles más lejanos; pero supongo que había escuchado demasiadas supersticiones del lugar.

En realidad, la pausa horrorizada de los hombres fue de duración relativamente breve. El deber era lo primero; y aunque en la turba debía de haber cerca de un centenar de oficiantes mestizos, los policías confiaron en sus armas de fuego y se lanzaron con determinación sobre aquella nauseabunda turbamulta. Durante cinco minutos, el estruendo y el caos consiguientes desafiaron toda descripción. Se asestaron golpes salvajes, se dispararon tiros y hubo fugas; pero al final Legrasse pudo contar unos cuarenta y siete prisioneros hoscos, a quienes obligó a vestirse a toda prisa y a formar en fila entre dos hileras de policías. Cinco de los adoradores yacían muertos, y a otros dos, gravemente heridos, se los llevaron sus propios compañeros de cautiverio en camillas improvisadas. La

imagen que coronaba el monolito fue, por supuesto, retirada con cuidado y llevada de vuelta por Legrasse.

Examinados en la jefatura tras un trayecto de extrema tensión y fatiga, todos los prisioneros resultaron ser hombres de un tipo bajísimo, de sangre mezclada y mentalmente aberrante. La mayoría eran marineros, y un puñado de negros y mulatos, en su mayor parte antillanos o portugueses de Brava, de las islas de Cabo Verde, prestaba un tinte de vudú a aquel culto heterogéneo. Pero antes de que se formularan muchas preguntas se hizo manifiesto que allí había algo mucho más hondo y mucho más antiguo que el fetichismo negro. Degradadas e ignorantes como eran, aquellas criaturas se aferraban con sorprendente coherencia a la idea central de su repugnante fe.

Adoraban, según decían, a los Primigenios, que vivieron edades enteras antes de que hubiera hombre alguno y que llegaron al mundo joven desde el cielo. Aquellos Antiguos se habían ido ya, al interior de la tierra y bajo el mar; pero sus cuerpos muertos habían revelado sus secretos, en sueños, al primer hombre, que fundó un culto que jamás había muerto. Aquel culto era el suyo, y los prisioneros decían que siempre había existido y siempre existiría, oculto en yermos remotos y en lugares tenebrosos de todo el mundo, hasta el momento en que el gran sacerdote Cthulhu se alzara de su casa oscura en la poderosa ciudad de R'lyeh, bajo las aguas, y sometiera de nuevo la tierra a su dominio. Algún día llamaría, cuando las estrellas estuvieran dispuestas, y el culto secreto estaría siempre aguardando para liberarlo.

Entretanto, nada más debía contarse. Había un secreto que ni siquiera la tortura podría arrancarles. La humanidad no estaba absolutamente sola entre las cosas conscientes de la tierra, pues del seno de las tinieblas salían formas que visitaban a los pocos fieles. Pero aquellas formas no eran los Primigenios. Ningún hombre había visto jamás a los Antiguos. El ídolo esculpido era el gran Cthulhu, mas nadie podía decir si los demás eran o no exactamente como él. Ya nadie sabía leer la antigua escritura, pero las cosas se transmitían

de viva voz. El ritual salmodiado no era el secreto: este no se pronunciaba jamás en voz alta, solo se susurraba. El cántico significaba únicamente esto: «En su casa de R'lyeh, el difunto Cthulhu espera soñando».

* * * * *

Solo dos de los prisioneros fueron hallados lo bastante cuerdos para ser ahorcados; a los demás se los internó en diversas instituciones. Todos negaron haber tomado parte en los asesinatos rituales y afirmaron que las muertes las habían causado los Alados Negros, que habían acudido a ellos desde su inmemorial lugar de reunión en el bosque embrujado. Pero de aquellos misteriosos aliados jamás pudo obtenerse relato coherente alguno. Lo que la policía sí logró sonsacar provino sobre todo de un mestizo inmensamente viejo llamado Castro, que aseguraba haber navegado a puertos extraños y haber hablado con jefes inmortales del culto en las montañas de China.

El viejo Castro recordaba retazos de espantosas leyendas que hacían palidecer las especulaciones de los teósofos y hacían que el hombre y el mundo pareciesen, en verdad, recientes y transitorios. Hubo eones en que otras Cosas gobernaron la tierra, y Ellas tuvieron grandes ciudades. Restos de Ellas —así le habían dicho, según él, los chinos inmortales— aún podían hallarse en forma de piedras ciclópeas en las islas del Pacífico. Todas murieron vastas épocas antes de que llegara el hombre, pero existían artes capaces de revivirlas cuando los astros hubieran girado de nuevo hasta las posiciones justas en el ciclo de la eternidad. Ellas mismas, en efecto, habían venido de las estrellas y habían traído consigo Sus imágenes.

Estos Primigenios, prosiguió Castro, no estaban compuestos enteramente de carne y sangre. Tenían forma —¿acaso no lo probaba aquella imagen de hechura estelar?—, pero esa forma no estaba hecha de materia. Cuando las estrellas eran propicias, podían lanzarse de mundo en mundo a través del cielo; pero cuando las estrellas eran adversas, no podían vivir. Mas, aunque ya no vivían, jamás morirían del todo. Todos yacían en casas de piedra en Su gran

ciudad de R'lyeh, preservados por los conjuros del poderoso Cthulhu para una gloriosa resurrección, cuando las estrellas y la tierra estuvieran otra vez dispuestas para Ellos. Pero, llegado ese momento, alguna fuerza venida de fuera habría de servir para liberar Sus cuerpos. Los conjuros que Los conservaban intactos Les impedían asimismo dar el primer paso, y solo podían yacer despiertos en la oscuridad y pensar mientras transcurrían millones incontables de años. Sabían todo cuanto acontecía en el universo, pues Su modo de hablar era el pensamiento transmitido. Aun ahora hablaban en Sus tumbas. Cuando, tras infinidades de caos, llegaron los primeros hombres, los Primigenios hablaron a los sensibles de entre ellos moldeándoles los sueños, pues solo así podía Su lenguaje alcanzar las mentes carnales de los mamíferos.

Entonces, susurró Castro, aquellos primeros hombres formaron el culto en torno a pequeños ídolos que los Grandes les mostraron: ídolos traídos en eras oscuras desde estrellas tenebrosas. Aquel culto no moriría jamás hasta que las estrellas volvieran a ser propicias y los sacerdotes secretos sacaran al gran Cthulhu de Su tumba para reanimar a Sus súbditos y reanudar Su dominio sobre la tierra. El momento sería fácil de reconocer, pues para entonces la humanidad se habría vuelto como los Primigenios: libre y salvaje y más allá del bien y del mal, arrojadas a un lado las leyes y la moral, y todos los hombres gritando y matando y entregándose al júbilo. Entonces los Antiguos, liberados, les enseñarían nuevos modos de gritar y matar y desenfrenarse y gozar, y la tierra entera ardería en un holocausto de éxtasis y de libertad. Entretanto, el culto, mediante los ritos apropiados, debía mantener viva la memoria de aquellos modos antiguos y prefigurar la profecía de su retorno.

En el tiempo antiguo, hombres elegidos habían hablado en sueños con los Antiguos sepultados, pero luego algo había sucedido. La gran ciudad de piedra de R'lyeh, con sus monolitos y sus sepulcros, se había hundido bajo las olas; y las aguas profundas, henchidas de aquel único misterio primordial a través del cual ni siquiera el pensamiento puede pasar, habían cortado el trato espectral. Pero la memoria no murió jamás, y los sumos sacerdotes decían que la

ciudad volvería a emerger cuando las estrellas fueran propicias. Entonces salieron de la tierra los negros espíritus de la tierra, mohosos y sombríos, y llenos de vagos rumores recogidos en cavernas bajo olvidados fondos marinos. Mas de ellos el viejo Castro no se atrevió a hablar mucho. Se interrumpió a toda prisa, y ni la persuasión ni la astucia lograron sonsacarle nada más en esa dirección. Del *tamaño* de los Antiguos, curiosamente, tampoco quiso hablar. Del culto dijo que creía que su centro se hallaba en medio de los desiertos sin caminos de Arabia, donde Irem, la Ciudad de los Pilares, sueña oculta e intacta. No estaba emparentado con el culto brujeril europeo y era prácticamente desconocido fuera de sus miembros. Ningún libro lo había insinuado verdaderamente, aunque los chinos inmortales decían que había dobles sentidos en el *Necronomicón* del árabe loco Abdul Alhazred que los iniciados podían leer a su antojo, en especial el tan debatido pareado:

«No está muerto lo que puede yacer eternamente, y con el paso de extraños eones aun la muerte puede morir».

Legrasse, hondamente impresionado y no poco desconcertado, había indagado en vano acerca de las filiaciones históricas del culto. Castro, al parecer, había dicho la verdad al afirmar que era enteramente secreto. Las autoridades de la Universidad de Tulane no pudieron arrojar luz alguna ni sobre el culto ni sobre la imagen, y ahora el detective había acudido a las máximas autoridades del país sin hallar nada más que el relato groenlandés del profesor Webb.

* * * * *

El febril interés que el relato de Legrasse suscitó en la reunión, corroborado como estaba por la estatuilla, halla eco en la correspondencia posterior de quienes asistieron, aunque apenas se le mencione en la publicación oficial de la sociedad. La cautela es el primer cuidado de quienes están habituados a enfrentarse de cuando en cuando con la charlatanería y la impostura. Legrasse prestó durante algún tiempo la imagen al profesor Webb, pero a la muerte de este le fue devuelta y sigue en su poder, donde la

contemplé no hace mucho. Es en verdad una cosa terrible, e inconfundiblemente afín a la escultura onírica del joven Wilcox.

No me extrañó que a mi tío lo excitara el relato del escultor, pues ¿qué pensamientos no habían de surgir al oír hablar, después de conocer cuanto Legrasse había averiguado del culto, de un joven sensible que no solo había *soñado* la figura y los jeroglíficos exactos de la imagen hallada en el pantano y de la tablilla diabólica de Groenlandia, sino que había dado *en sueños* con al menos tres de las palabras precisas de la fórmula que proferían por igual los diabolistas esquimales y los mestizos de Luisiana? Que el profesor Angell emprendiera al instante una investigación de la mayor minuciosidad era eminentemente natural; aunque en mi fuero interno sospechaba que el joven Wilcox había oído hablar del culto de algún modo indirecto y había inventado una serie de sueños para acrecentar y prolongar el misterio a costa de mi tío. Los relatos de sueños y los recortes reunidos por el profesor constituían, desde luego, una sólida corroboración; pero el racionalismo de mi espíritu y lo extravagante del asunto entero me llevaron a adoptar las que juzgaba conclusiones más sensatas. Así pues, tras estudiar de nuevo a fondo el manuscrito y cotejar las notas teosóficas y antropológicas con el relato del culto que hiciera Legrasse, emprendí un viaje a Providence para ver al escultor y dirigirle la reprimenda que me parecía procedente por haber embaucado con tanto descaro a un anciano erudito.

Wilcox seguía viviendo solo en el edificio Fleur-de-Lys de Thomas Street, espantosa imitación victoriana de la arquitectura bretona del siglo XVII que ostenta su fachada estucada entre las hermosas casas coloniales de la antigua colina, y a la sombra misma del más bello campanario georgiano de América. Lo encontré trabajando en sus habitaciones y admití de inmediato, por las muestras que había esparcidas por doquier, que su genio es en verdad profundo y auténtico. Creo que algún día se hablará de él como de uno de los grandes decadentes, pues ha cristalizado en arcilla —y un día reflejará en mármol— esas pesadillas y fantasías que Arthur Machen

evoca en prosa y que Clark Ashton Smith hace visibles en verso y en pintura.

Moreno, frágil y de aspecto algo desaliñado, se volvió lánguidamente al oír mi llamada y me preguntó, sin levantarse, qué me traía por allí. Cuando le dije quién era, mostró cierto interés, pues mi tío había despertado su curiosidad al sondear sus extraños sueños sin explicarle nunca el motivo del estudio. No amplíé sus conocimientos a ese respecto, sino que procuré con cierta sutileza tirarle de la lengua.

En poco tiempo quedé convencido de su absoluta sinceridad, pues hablaba de los sueños de un modo que nadie podría confundir. Ellos y su residuo subconsciente habían influido hondamente en su arte, y me mostró una estatua morbosa cuyos contornos estuvieron a punto de hacerme temblar por la potencia de su negra sugestión. No recordaba haber visto el original de aquella cosa salvo en su propio bajorrelieve onírico, pero los perfiles se habían ido formando insensiblemente bajo sus manos. Era, sin duda, la forma gigantesca de la que había desvariado en su delirio. Pronto dejó claro que nada sabía realmente del culto oculto, salvo lo que hubiese dejado escapar el implacable interrogatorio de mi tío; y de nuevo me esforcé por concebir algún modo en que hubiera podido recibir aquellas impresiones sobrenaturales.

Hablaba de sus sueños de una manera extrañamente poética, haciéndome ver con terrible viveza la húmeda ciudad ciclópea de viscosa piedra verde —cuya *geometría*, dijo de un modo singular, era *del todo errónea*— y oír, con expectación aterrada, la incesante llamada semimental que ascendía del subsuelo: «*Cthulhu fhtagn*», «*Cthulhu fhtagn*».

Aquellas palabras habían formado parte del temible ritual que hablaba de la vigilia onírica del difunto Cthulhu en su cripta de piedra de R'lyeh, y me sentí hondamente conmovido pese a mis creencias racionales. Wilcox, estaba seguro, había oído hablar del culto de manera casual y lo había olvidado enseguida entre la masa de sus lecturas y sus imaginaciones, igual de sobrenaturales. Más

tarde, por la sola fuerza de su impresión, aquello había hallado expresión subconsciente en los sueños, en el bajorrelieve y en la terrible estatua que ahora contemplaba; de suerte que su impostura para con mi tío había sido de lo más inocente. El muchacho pertenecía a un tipo, a un tiempo algo afectado y algo mal educado, que nunca podría agradarme; pero ahora estaba bien dispuesto a reconocerle tanto el genio como la honradez. Me despedí de él amistosamente, y le deseo todo el éxito que su talento promete.

El asunto del culto siguió fascinándome, y a veces me asaltaban visiones de fama personal gracias a las investigaciones sobre su origen y sus conexiones. Visité Nueva Orleans, hablé con Legrasse y con otros de aquella partida de asalto de antaño, vi la espantosa imagen e incluso interrogué a los mestizos presos que aún sobrevivían. El viejo Castro, por desgracia, llevaba muerto varios años. Lo que ahora oía de primera mano y con tanta viveza, aunque no era en realidad más que una confirmación detallada de cuanto mi tío había escrito, me excitó de nuevo, pues tenía la certeza de hallarme sobre la pista de una religión muy real, muy secreta y muy antigua cuyo descubrimiento haría de mí un antropólogo de renombre. Mi actitud seguía siendo la de un materialismo absoluto, *como ojalá lo siguiera siendo*, y descartaba con una perversidad casi inexplicable la coincidencia de las notas sobre los sueños y de los curiosos recortes reunidos por el profesor Angell.

Algo que empecé a sospechar, y que ahora temo *saber*, es que la muerte de mi tío distó mucho de ser natural. Cayó en una angosta calle en cuesta que subía desde un antiguo muelle infestado de mestizos extranjeros, tras el empujón descuidado de un marinero negro. No olvidaba yo la sangre mezclada ni los oficios marineros de los miembros del culto en Luisiana, y no me sorprendería enterarme de que existen métodos secretos y agujas envenenadas tan despiadados y tan antiguamente conocidos como los crípticos ritos y creencias. A Legrasse y a sus hombres, es cierto, se los ha dejado en paz; pero en Noruega ha muerto cierto marinero que vio cosas. ¿No habrán llegado a oídos siniestros las indagaciones más hondas de mi tío después de haber topado con los datos del escultor? Creo

que el profesor Angell murió porque sabía demasiado, o porque era probable que llegara a saber demasiado. Si yo he de irme como él se fue está aún por ver, pues ahora he averiguado mucho.

3

LA LOCURA QUE VINO DEL MAR

Si alguna vez el cielo quisiera concederme una merced, sería la de borrar por completo las consecuencias de un mero azar que fijó mi mirada en cierto papel suelto de los que forran los estantes. No era nada con lo que hubiese tropezado de manera natural en el curso de mis quehaceres cotidianos, pues se trataba de un número atrasado de una revista australiana, el *Sydney Bulletin* del 18 de abril de 1925. Se le había escapado incluso a la agencia de recortes que, en la fecha de su aparición, reunía con avidez materiales para las investigaciones de mi tío.

Había abandonado en gran medida mis pesquisas sobre lo que el profesor Angell llamaba el «culto de Cthulhu» y me hallaba de visita en casa de un docto amigo de Paterson, Nueva Jersey, conservador de un museo local y mineralogista de nota. Examinando un día los ejemplares de reserva colocados sin orden en los anaqueles de un cuarto trasero del museo, me llamó la atención una ilustración extraña en uno de los viejos periódicos extendidos bajo las piedras. Era el *Sydney Bulletin* que he mencionado, pues mi amigo mantiene amplias relaciones en cuantos parajes extranjeros quepa imaginar; y la ilustración era un fotograbado en medio tono de una espantosa imagen de piedra casi idéntica a la que Legrasse había encontrado en el pantano.

Despejando con avidez la hoja de su precioso contenido, examiné la noticia con detalle, y me decepcionó comprobar que era de extensión apenas mediana. Lo que sugería, en cambio, resultaba de portentosa trascendencia para mi decaída búsqueda; y la arranqué con cuidado para obrar de inmediato. Decía así:

MISTERIOSO BARCO A LA DERIVA HALLADO EN ALTA MAR

El *Vigilant* llega remolcando un yate neozelandés artillado y sin gobierno. Un superviviente y un muerto hallados a bordo. Relato de un combate desesperado y de muertes en el mar. El marinero rescatado se niega a dar detalles de su extraña experiencia. Hallan en su poder un ídolo singular. Se abrirá una investigación.

* * * * *

El carguero *Vigilant*, de la Morrison Co., procedente de Valparaíso, arribó esta mañana a su muelle de Darling Harbour remolcando el yate de vapor *Alert*, de Dunedin (Nueva Zelanda), maltrecho por el combate e inutilizado, aunque fuertemente artillado, avistado el 12 de abril a 34° 21' de latitud sur y 152° 17' de longitud oeste, con un hombre vivo y otro muerto a bordo.

El *Vigilant* zarpó de Valparaíso el 25 de marzo y el 2 de abril fue arrastrado considerablemente al sur de su derrota por tormentas de excepcional violencia y por olas monstruosas. El 12 de abril se avistó el barco a la deriva; y, aunque en apariencia estaba abandonado, al subir a bordo se halló en él a un superviviente en estado semidelirante y a un hombre que llevaba muerto, sin duda, más de una semana.

El hombre vivo apretaba contra sí un horrible ídolo de piedra de origen desconocido, de unos treinta centímetros de altura, sobre cuya naturaleza las autoridades de la Universidad de Sídney, la Royal Society y el Museo de College Street confiesan un desconcierto absoluto, y que, según dice el superviviente, encontró en el camarote del yate, dentro de un pequeño altar tallado de hechura corriente.

Este hombre, una vez recobrado el sentido, contó una historia sumamente extraña de piratería y matanza. Se llama Gustaf Johansen, es noruego y no falto de inteligencia, y era segundo oficial de la goleta de dos palos *Emma*, de Auckland, que zarpó rumbo al Callao el 20 de febrero con una dotación de once hombres.

El *Emma*, dice, sufrió retraso y fue desviado muy al sur de su derrota por la gran tormenta del 1 de marzo, y el 22 de marzo, a 49° 51' de latitud sur y 128° 34' de longitud oeste, se topó con el *Alert*, tripulado por una gente extraña y de aviesa catadura, compuesta de canacos y mestizos. Como se le ordenara perentoriamente virar en redondo, el capitán Collins se negó; ante lo cual la extraña tripulación empezó a disparar con saña y sin previo aviso sobre la goleta con una batería de cañones de bronce insólitamente pesada que formaba parte del armamento del yate.

Los hombres del *Emma* plantaron cara, dice el superviviente, y aunque la goleta comenzó a hundirse por los impactos recibidos bajo la línea de flotación, lograron abarloarse al enemigo y abordarlo, trabándose en lucha con la salvaje tripulación en la cubierta del yate y viéndose obligados a matarlos a todos —eran ligeramente superiores en número— a causa de su manera de pelear particularmente abominable y desesperada, aunque más bien torpe.

Tres hombres del *Emma*, entre ellos el capitán Collins y el primer oficial Green, resultaron muertos; y los ocho restantes, a las órdenes del segundo oficial Johansen, se dispusieron a gobernar el yate capturado, siguiendo en su rumbo primitivo para averiguar si existía algún motivo que justificase la orden de virar.

Al día siguiente, según parece, avistaron una pequeña isla y desembarcaron en ella, aunque no se conoce ninguna en aquella parte del océano; y seis de los hombres murieron de algún modo en tierra, si bien Johansen se muestra extrañamente reticente acerca de esta parte de su relato y solo habla de que cayeron en una sima rocosa.

Más tarde, al parecer, él y un compañero subieron a bordo del yate e intentaron maniobrarlo, pero fueron zarandeados por la tormenta del 2 de abril.

Desde entonces hasta su rescate el día 12, el hombre recuerda poca cosa, y ni siquiera evoca cuándo murió William Briden, su compañero. La muerte de Briden no presenta causa aparente y se debió probablemente a la excitación o a la intemperie.

Noticias telegráficas de Dunedin informan de que el *Alert* era allí bien conocido como buque de comercio entre islas y tenía mala fama en los muelles. Pertenecía a un curioso grupo de mestizos cuyas frecuentes reuniones y excursiones nocturnas a los bosques despertaban no poca curiosidad; y se había hecho a la mar con gran precipitación justo después de la tormenta y los temblores de tierra del 1 de marzo.

Nuestro corresponsal en Auckland atribuye al *Emma* y a su tripulación una reputación excelente, y describe a Johansen como hombre sobrio y digno.

El Almirantazgo abrirá mañana una investigación sobre el asunto en su conjunto, en la que se hará todo lo posible por inducir a Johansen a hablar con mayor franqueza de la que ha mostrado hasta ahora.

* * * * *

Esto era todo, junto con la imagen de la figura infernal; ipero qué cadena de ideas desató en mi mente! Ahí había nuevos tesoros de datos sobre el culto de Cthulhu, y la prueba de que tenía extraños intereses tanto en el mar como en tierra. ¿Qué motivo había impulsado a aquella tripulación híbrida a ordenar al *Emma* que virase en redondo, mientras ella navegaba a la ventura con su espantoso ídolo? ¿Cuál era la isla desconocida en la que habían muerto seis tripulantes del *Emma* y sobre la cual el oficial Johansen se mostraba tan reservado? ¿Qué había sacado a la luz la instrucción del Vicealmirantazgo, y qué se sabía en Dunedin del nocivo culto? Y, lo más asombroso de todo, ¿qué profunda y más que natural

concatenación de fechas era aquella que confería un sentido maligno y ya innegable a los diversos giros de los acontecimientos que mi tío había anotado con tanto cuidado?

El 1 de marzo —nuestro 28 de febrero, según la línea internacional de cambio de fecha— habían llegado el terremoto y la tormenta. Desde Dunedin, el *Alert* y su fétida tripulación se habían lanzado ansiosamente a la mar como si los convocara una orden imperiosa, y en el otro lado de la tierra poetas y artistas habían empezado a soñar con una extraña ciudad ciclópea y húmeda mientras un joven escultor modelaba en sueños la forma del temido Cthulhu. El 23 de marzo la tripulación del *Emma* desembarcó en una isla desconocida y dejó allí seis muertos; y en esa misma fecha los sueños de los hombres sensibles cobraron una viveza acrecentada y se ensombrecieron con el pavor a la persecución maligna de un monstruo gigantesco, mientras un arquitecto enloquecía y un escultor caía de súbito en el delirio! ¿Y qué decir de aquella tormenta del 2 de abril, la fecha en que cesaron todos los sueños de la ciudad húmeda y Wilcox salió indemne de la servidumbre de su extraña fiebre? ¿Qué decir de todo esto, y de aquellas insinuaciones del viejo Castro sobre los Antiguos hundidos, nacidos de las estrellas, y su reinado venidero; sobre su culto fiel y *su dominio de los sueños*? ¿Me tambaleaba yo al borde de horrores cósmicos que ningún hombre tiene fuerzas para soportar? De ser así, habían de ser horrores de la mente tan solo, pues de algún modo el 2 de abril había puesto fin a la monstruosa amenaza, fuera cual fuese, que había iniciado su asedio del alma de la humanidad.

* * * * *

Aquella tarde, tras un día de telegramas apresurados y de preparativos, me despedí de mi anfitrión y tomé un tren para San Francisco. En menos de un mes estaba en Dunedin, donde, sin embargo, comprobé que poco se sabía de los extraños miembros del culto que habían frecuentado las viejas tabernas del puerto. La escoria de los muelles era demasiado común para merecer mención especial; aunque se hablaba vagamente de cierta excursión tierra

adentro que aquellos mestizos habían hecho, durante la cual se percibieron tenues tambores y llamaradas rojas en las colinas lejanas.

En Auckland supe que Johansen había regresado *con el cabello rubio vuelto blanco* tras un interrogatorio superficial y sin conclusiones en Sídney, y que después había vendido su casita de West Street y se había embarcado con su mujer rumbo a su antiguo hogar de Oslo. De su estremecedora experiencia no quiso contar a sus amigos más de lo que había contado a los funcionarios del Almirantazgo, y lo único que pudieron hacer fue darme su dirección de Oslo.

Después fui a Sídney y hablé sin provecho alguno con marineros y con miembros del tribunal del Vicealmirantazgo. Vi el *Alert*, ya vendido y dedicado al comercio, en el Circular Quay, en Sydney Cove, pero nada saqué de su mole impasible. La imagen agazapada, con su cabeza de jibia, su cuerpo de dragón, sus alas escamosas y su pedestal cubierto de jeroglíficos, se conservaba en el Museo de Hyde Park; y la estudié largo y tendido, y hallé en ella una labor de exquisitez siniestra, con el mismo misterio absoluto, la misma terrible antigüedad y la misma extrañeza sobrenatural de la materia que había advertido en el ejemplar menor de Legrasse. Los geólogos, me dijo el conservador, la habían tenido por un enigma monstruoso, pues juraban que en el mundo no existía roca semejante. Entonces pensé con un escalofrío en lo que el viejo Castro había contado a Legrasse acerca de los Grandes primordiales: «Habían venido de las estrellas y habían traído consigo Sus imágenes».

Sacudido por una revolución mental como jamás había conocido antes, resolví entonces visitar al oficial Johansen en Oslo. Zarpé rumbo a Londres y allí volví a embarcarme de inmediato hacia la capital noruega; y un día de otoño desembarqué en los pulcros muelles, a la sombra del Egeberg.

La dirección de Johansen, según descubrí, se hallaba en la Ciudad Vieja del rey Harold Haardrada, que mantuvo vivo el nombre de Oslo

durante todos los siglos en que la ciudad mayor se disfrazó de «Christiania». Hice el breve trayecto en taxi y llamé con el corazón palpitante a la puerta de un edificio pulcro y antiguo de fachada enlucida. Una mujer de rostro triste, vestida de negro, acudió a mi llamada, y me hirió la decepción cuando me dijo, en un inglés vacilante, que Gustaf Johansen ya no existía.

No había sobrevivido mucho a su regreso, dijo su esposa, pues lo ocurrido en el mar en 1925 lo había destrozado. A ella no le había contado más de lo que había contado en público, pero había dejado un largo manuscrito —de «asuntos técnicos», según él decía— escrito en inglés, evidentemente para preservarla del peligro de una lectura casual. Durante un paseo por un callejón estrecho cercano al muelle de Gotemburgo, un fardo de papeles caído desde la ventana de una buhardilla lo había derribado. Dos marineros lascares lo ayudaron al punto a incorporarse, pero murió antes de que llegara la ambulancia. Los médicos no encontraron causa suficiente para aquel final y lo atribuyeron a una dolencia cardíaca y a una constitución debilitada.

Sentí entonces roerme las entrañas ese oscuro terror que no me abandonará hasta que también yo descanse, «accidentalmente» o de otro modo. Tras convencer a la viuda de que mi relación con los «asuntos técnicos» de su marido bastaba para darme derecho al manuscrito, me llevé el documento y empecé a leerlo en el barco de Londres.

Era una cosa sencilla y deslavazada, el intento ingenuo de un marinero por llevar un diario a posteriori, y se esforzaba en recordar día a día aquella última travesía espantosa. No puedo intentar transcribirlo al pie de la letra en toda su confusión y su redundancia, pero contaré lo esencial, lo bastante para que se comprenda por qué el rumor del agua contra los costados del buque llegó a resultarme tan insoportable que me tapé los oídos con algodón.

Johansen, gracias a Dios, no llegó a saberlo todo, aun cuando vio la ciudad y a la Cosa; pero yo no volveré a dormir tranquilo cuando piense en los horrores que acechan sin descanso tras la vida en el

tiempo y en el espacio, y en aquellas blasfemias impías venidas de estrellas antiquísimas que sueñan bajo el mar, conocidas y favorecidas por un culto de pesadilla presto y ansioso por soltarlas sobre el mundo en cuanto otro terremoto vuelva a alzar al sol y al aire su monstruosa ciudad de piedra.

El viaje de Johansen había comenzado tal y como se lo contó al tribunal del Vicealmirantazgo. El *Emma*, que navegaba en lastre, había zarpado de Auckland el 20 de febrero y había soportado toda la furia de aquella tempestad nacida del terremoto que debió de levantar del fondo del mar los horrores que colmaron los sueños de los hombres. Recobrado el gobierno, la nave avanzaba a buen ritmo cuando le dio el alto el *Alert*, el 22 de marzo, y yo percibía el pesar del segundo oficial al escribir del cañoneo y el hundimiento de su barco. De los atezados demonios del culto que iban a bordo del *Alert* habla con un horror significativo. Había en ellos algo peculiarmente abominable que hacía que su destrucción pareciese casi un deber, y Johansen muestra un ingenuo asombro ante la acusación de crueldad que se formuló contra los suyos durante las actuaciones del tribunal de investigación. Después, impulsados por la curiosidad a bordo del yate capturado y bajo el mando de Johansen, los hombres avistan un gran pilar de piedra que sobresale del mar y, a 47° 9' de latitud S. y 126° 43' de longitud O., dan con una costa hecha de barro, cieno y ciclópea mampostería cubierta de algas, todo entremezclado, que no puede ser sino la sustancia tangible del terror supremo de la tierra: la ciudad-cadáver de pesadilla de R'lyeh, edificada en eones inconmensurables anteriores a la historia por las vastas y repugnantes formas que se filtraron desde las estrellas oscuras. Allí yacían el Gran Cthulhu y sus hordas, ocultos en verdes criptas viscosas y enviando por fin, tras ciclos incalculables, los pensamientos que sembraban el miedo en los sueños de los sensibles y llamaban imperiosamente a los fieles a emprender una peregrinación de liberación y restauración. Nada de esto sospechaba Johansen, pero ibien sabe Dios que pronto vio lo bastante!

Supongo que de las aguas solo emergió en realidad una única cima de montaña, la espantosa ciudadela coronada por el monolito

en la que fue sepultado el Gran Cthulhu. Cuando pienso en la *extensión* de todo cuanto puede estar agazapado y rumiando allá abajo, casi deseo matarme ahora mismo. A Johansen y a sus hombres los sobrecogió la majestad cósmica de aquella chorreante Babilonia de demonios antiguos, y debieron de adivinar, sin que nadie los guiara, que no era cosa de este ni de ningún planeta cuerdo. El pasmo ante el increíble tamaño de los bloques de piedra verdosa, ante la vertiginosa altura del gran monolito esculpido y ante la estupefaciente identidad de las estatuas colosales y los bajorrelieves con la extraña imagen hallada en el altar del *Alert* resulta dolorosamente visible en cada línea de la aterrada descripción del segundo oficial.

Sin saber qué es el futurismo, Johansen logró algo muy cercano a él al hablar de la ciudad; pues en lugar de describir estructura o edificio determinados, se demora únicamente en las impresiones generales de vastos ángulos y superficies de piedra: superficies demasiado grandes para pertenecer a nada que fuese correcto ni propio de esta tierra, e impías por sus horribles imágenes y jeroglíficos. Menciono lo que dice acerca de los *ángulos* porque me trae a la memoria algo que Wilcox me había contado de sus espantosos sueños. Había dicho que la *geometría* del lugar onírico que veía era anormal, no euclidiana, y evocaba de un modo repugnante esferas y dimensiones ajenas a las nuestras. Pues bien, ahora un marino iletrado sentía lo mismo mientras contemplaba la terrible realidad.

Johansen y sus hombres desembarcaron en un talud de fango de aquella monstruosa Acrópolis y treparon resbalando por titánicos bloques cubiertos de limo que no podían haber sido escalera de mortal alguno. El sol mismo del cielo parecía deformado al mirarlo a través del miasma polarizante que manaba de aquella perversión empapada de mar, y una amenaza retorcida y una expectación acechaban con mueca burlona en aquellos ángulos de roca esculpida, enloquecedoramente esquivos, donde una segunda mirada mostraba concavidad allí donde la primera había mostrado convexidad.

Algo muy parecido al pavor se había apoderado de todos los exploradores antes de que se viera nada más definido que roca, cieno y algas. Cada cual habría huido de no temer el desprecio de los demás, y buscaron sin mucha convicción —en vano, como se vio— algún recuerdo portátil que llevarse.

Fue Rodriguez, el portugués, quien trepó por el pie del monolito y gritó lo que había encontrado. Los demás lo siguieron y contemplaron con curiosidad la inmensa puerta esculpida con el ya familiar bajorrelieve del dragón-calamar. Era, dijo Johansen, como el gran portón de un granero; y todos sintieron que se trataba de una puerta por el ornamentado dintel, el umbral y las jambas que la rodeaban, aunque no lograron decidir si yacía plana como una trampilla o inclinada como la puerta exterior de una bodega. Como habría dicho Wilcox, la geometría del lugar era del todo errónea. No cabía estar seguro de que el mar y el suelo fuesen horizontales, y de ahí que la posición relativa de todo lo demás pareciese fantasmalmente variable.

Briden empujó la piedra en varios puntos sin resultado. Luego Donovan la palpó delicadamente a lo largo del borde, presionando cada punto por separado a medida que avanzaba. Trepó interminablemente por la grotesca moldura de piedra —es decir, uno lo llamaría trepar si la cosa no era, después de todo, horizontal— y los hombres se preguntaban cómo podía existir en el universo puerta tan vasta. Entonces, muy suave y lentamente, el panel, vasto como media hectárea, empezó a ceder hacia dentro por la parte superior; y vieron que estaba contrapesado.

Donovan se deslizó, o de algún modo se impulsó, hacia abajo o a lo largo de la jamba, y volvió con sus compañeros, y todos observaron el extraño retroceso del portal monstruosamente esculpido. En aquella fantasmagoría de distorsión prismática se movía de manera anómala, en diagonal, de suerte que todas las leyes de la materia y de la perspectiva parecían trastocadas.

La abertura era negra con una negrura casi material. Aquella tenebrosidad era en verdad una *cualidad positiva*, pues ocultaba las

partes de los muros interiores que deberían haber quedado a la vista y de hecho irrumpió como humo de su prisión de eones, oscureciendo visiblemente el sol mientras se escabullía hacia el cielo encogido y giboso batiendo alas membranosas. El olor que ascendía de aquellas profundidades recién abiertas era intolerable y, al cabo, Hawkins, que tenía el oído fino, creyó percibir allá abajo un sonido repugnante, como de chapoteo. Todos escucharon, y todos seguían escuchando cuando Aquello asomó a la vista, pesado y babeante, y a tientas embutió a duras penas su gelatinosa inmensidad verde por el negro vano hasta el aire viciado del exterior, el de aquella ciudad venenosa de locura.

La letra del pobre Johansen casi desfalleció al escribir sobre esto. De los seis hombres que nunca llegaron al barco, cree que dos perecieron de puro espanto en aquel instante maldito. La Cosa no puede describirse: no hay lenguaje para tales abismos de demencia chillona e inmemorial, para tales contradicciones arcanas de toda materia, fuerza y orden cósmico. Una montaña caminó o dio traspiés. ¡Dios! ¿Qué tiene de extraño que al otro lado de la tierra un gran arquitecto enloqueciera y el pobre Wilcox delirase de fiebre en aquel instante telepático? La Cosa de los ídolos, la verde y pegajosa progenie de las estrellas, había despertado para reclamar lo suyo. Las estrellas volvían a ser propicias, y lo que un culto milenario no había logrado hacer adrede lo había hecho por accidente un puñado de marineros inocentes. Tras vigintillones de años, el Gran Cthulhu andaba suelto otra vez, hambriento de deleite.

Tres hombres fueron arrebatados por las fofas garras antes de que nadie se volviera. Que Dios les dé descanso, si es que hay descanso alguno en el universo. Eran Donovan, Guerrera y Ångstrom. Parker resbaló mientras los otros tres se precipitaban frenéticamente hacia el bote por interminables extensiones de roca incrustada de verdín, y Johansen jura que lo engulló un ángulo de la mampostería que no debería haber estado allí; un ángulo que era agudo, pero que se comportaba como si fuese obtuso. De modo que solo Briden y Johansen alcanzaron el bote, y bogaron desesperadamente hacia el

Alert mientras la montañosa monstruosidad se desplomaba por las piedras viscosas y vacilaba, tambaleándose, en el borde del agua.

No se había consentido que la presión del vapor cayera del todo, pese a que toda la tripulación había bajado a tierra; y bastaron unos pocos instantes de febril ir y venir entre el timón y las máquinas para poner el *Alert* en marcha. Lentamente, entre los horrores deformados de aquella escena indescriptible, empezó a batir las aguas letales; mientras que, sobre la mampostería de aquella orilla sepulcral que no era de la tierra, la titánica Cosa venida de las estrellas babeaba y farfullaba como Polifemo maldiciendo la nave fugitiva de Odiseo. Después, más audaz que el legendario Cíclope, el Gran Cthulhu se deslizó grasiento al agua y comenzó la persecución con vastas brazadas de potencia cósmica que levantaban olas. Briden miró atrás y enloqueció, riendo con risa chillona; y siguió riendo a intervalos hasta que la muerte lo encontró una noche en el camarote, mientras Johansen vagaba delirando.

Pero Johansen no había desfallecido todavía. Sabiendo que la Cosa alcanzaría con toda seguridad al *Alert* mientras el vapor no estuviese a plena presión, se decidió por una apuesta desesperada; y, poniendo la máquina a toda potencia, subió como un rayo a cubierta e hizo girar el timón en redondo. Hubo un poderoso remolinear y espumar en aquella salmuera fétida y, a medida que el vapor subía más y más, el valiente noruego lanzó su nave de proa contra la gelatina perseguidora, que se alzaba sobre la espuma inmunda como la popa de un galeón demoníaco. La espantosa cabeza de calamar, con sus tentáculos retorciéndose, llegó casi hasta el bauprés del recio yate, pero Johansen siguió embistiendo sin piedad.

Hubo un estallido como de vejiga que revienta, una porquería viscosa como de pez luna partido en dos, un hedor como de mil tumbas abiertas y un sonido que el cronista no quiso poner por escrito. Por un instante el barco quedó emporcado por una nube verde, acre y cegadora, y después no hubo más que un hervor venenoso a popa; allí donde —¡Dios del cielo!— la dispersa

plasticidad de aquella innombrable progenie del cielo se estaba *recombinando* nebulosamente en su odiosa forma original, mientras su distancia crecía a cada segundo conforme el *Alert* cobraba impulso con el vapor en aumento.

* * * * *

Eso fue todo. Después de aquello, Johansen no hizo más que cavilar sobre el ídolo en el camarote y atender a unas pocas cuestiones de comida para sí mismo y para el maníaco que reía a su lado. No intentó gobernar el rumbo tras aquella primera fuga audaz, pues la reacción le había arrancado algo del alma. Luego llegó la tormenta del 2 de abril, y un cerrarse de nubes en torno a su conciencia. Hay una sensación de giro espectral por líquidos golfos de infinito, de cabalgadas vertiginosas por universos tambaleantes sobre la cola de un cometa, y de zambullidas histéricas desde el pozo hasta la luna y de la luna otra vez al pozo, todo ello animado por un coro carcajeante de los deformados y jocosos dioses antiguos y de los diablillos burlones del Tártaro, verdes y con alas de murciélago.

De aquel sueño surgió el rescate: el *Vigilant*, el tribunal del Vicealmirantazgo, las calles de Dunedin y el largo viaje de regreso a la vieja casa junto al Egeberg. No podía contarle: lo tomarían por loco. Escribiría lo que sabía antes de que llegase la muerte, pero su mujer no debía sospecharlo. La muerte sería una bendición si tan solo pudiese borrar los recuerdos.

Tal fue el documento que leí, y ahora lo he guardado en la caja de hojalata, junto al bajorrelieve y los papeles del profesor Angell. Con él irá este relato mío, esta prueba de mi propia cordura, en la que se recompone aquello que espero que no vuelva a recomponerse jamás. He contemplado todo el horror que el universo puede encerrar, y en adelante hasta los cielos de la primavera y las flores del verano habrán de ser veneno para mí. Pero no creo que mi vida vaya a ser larga. Como se fue mi tío, como se fue el pobre Johansen, así me iré yo. Sé demasiado, y el culto sigue vivo.

También Cthulhu sigue vivo, supongo, de nuevo en aquella sima de piedra que lo ha resguardado desde que el sol era joven. Su ciudad maldita se ha hundido una vez más, pues el *Vigilant* navegó sobre aquel punto después de la tormenta de abril; pero sus ministros en la tierra siguen bramando y brincando y matando alrededor de monolitos rematados por ídolos, en parajes solitarios. Debió de quedar atrapado por el hundimiento cuando se hallaba dentro de su negro abismo, pues de lo contrario el mundo estaría ya gritando de espanto y frenesí. ¿Quién conoce el final? Lo que ha emergido puede hundirse, y lo que se ha hundido puede emerger. La abominación aguarda y sueña en lo profundo, y la podredumbre se extiende sobre las tambaleantes ciudades de los hombres. Llegará un tiempo... pero ¡no debo ni puedo pensar! Permítaseme rogar que, si no sobrevivo a este manuscrito, mis albaceas antepongan la cautela a la audacia y cuiden de que no llegue a otros ojos.

¡GRACIAS POR LEER ESTE LIBRO DE
WWW.ELEJANDRIA.COM!

DESCUBRE NUESTRA COLECCIÓN DE LIBROS GRATIS DE
DOMINIO PÚBLICO EN CASTELLANO EN NUESTRA WEB